

SUMARIO

El secreto en la presente guerra.—*Las armas de fuego en la actual guerra de Oriente*, por Manuel Burguete.—*Pequeñas miserias*, por Manuel Alvarez Espinosa.—*Sobre un pleito viejo*, por Juan Avilés.—*Un nuevo tipo de trinchera.*—*Blancos vivientes*, por R. von Kramer.—*Los tribunales de honor en Rusia.*

BIBLIOTECA

Pliego 63 de «Un año en el ejército italiano», por D. R. Marín del Campo.
Pliegos 29 y 30 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.
Pliego 11 «De la resolución de los problemas de tiro sobre el campo de batalla».

EL SECRETO EN LA PRESENTE GUERRA

Cuando rusos y japoneses libraban tremendas batallas en Port-Arthur y Manchuria, se lamentaban los corresponsales de la prensa agregados á los ejércitos de operaciones, de que los cuarteles generales les dejaban apenas libertad para trasmitir las noticias oficiales; la dureza de la censura previa, que se extendía no solo á los despachos telegráficos, sino también á la correspondencia, mediante un régimen poco menos que carcelario impuesto á los corresponsales se extremaba particularmente en el bando japonés; porque los rusos eran más cándidos y dejaban circular noticias que les favorecían bien poco. Entonces se dijo, y todos lo admitieron, que aquella extremada reserva y aquella censura sin precedentes eran debidas al caracter reservado de la raza oriental, pero que el hecho no solo no podría tener lugar en Europa, por estar acostumbrados los cuarteles generales á otros métodos, sino que, aun cuando se lo propusieran los generales tampoco lo podrían conseguir, porque aquí disponemos de muchos ferrocarriles, del telégrafo, de la prensa, y las comunicaciones son fáciles.

Una vez más se ha demostrado que cuando el que manda quiere de veras una cosa no hay dificultad en conseguirla.

La reserva y el secreto nippones eran juego de niños con la reserva y el secreto de serbios y de búlgaros. También los turcos siguen el mismo camino, pero no llegan á la maestría de sus rivales. Los griegos, más infantiles, no solo dan cuenta de sus inmensas batallas en las que llegan á tener cincuenta heridos, sino que quisieran que toda la humanidad se ocupara de ellos: en esto se muestran dignos descendientes de aquellos famosos literatos, oradores y filósofos de los tiempos antiguos que han llegado á hacernos creer que la primitiva Grecia era algo en el mundo. Sin la Macedonia, la

Grecia antigua no hubiera sido más que un conjunto de media docena, ó acaso menos, de ciudades, en las que algunos espíritus selectos sabían engrandecer las cosas pequeñas y los chismes de vecindad. ¡Que suerte tan grande la de Troya, por ejemplo, minúscula población que bien contaría un millar de habitantes, la de haber tenido un cantor de la talla de Homero!

Los montenegrinos tampoco se preocupan demasiado de ocultar sus operaciones militares, dignas, por su magnitud, de la de los farsantes griegos de la antigüedad. Ahora, que pueden codearse con las Grandes Potencias, y que han logrado que les invadan nubes de periodistas y militares extranjeros, no iban á desperdiciar la ocasión de parecer algo. De aquí que lleguen detalladas las operaciones de griegos y montenegrinos, aunque en realidad no hace falta saber al dedillo lo que hacen aquellos ejércitos.

En cambio, los serbios y búlgaros, pero estos últimos en particular, parece que no tengan lengua, ni ojos, ni sepan escribir, y no solo esto, sino que han cortado las alas á los corresponsales y los mantienen á todos reunidos, como gente que estorba, á grandísima distancia del frente de combate de sus ejércitos. Y llevan tan lejos el secreto que ni siquiera dan partes oficiales de las operaciones, de suerte que la población búlgara se entera de la victoria de las tropas por noticias tan concisas como ésta: «Nuestro ejército ha derrotado á los turcos en Kirk Kilisé y se ha apoderado de la población. El enemigo ha huido en completa dispersión». Ni una palabra más; y aun es posible que al Tsar Fernando le parezcan demasiadas.

A estas fechas, y pese á la diligencia de corresponsales de primer orden, que llegaron á burlar la vigilancia y la desconfianza de los japoneses, no se sabe ni siquiera la composición de los ejércitos de operaciones, ni las bajas que han tenido, ni la situación de las tropas, ni nada absolutamente. Lo poco que conocemos es porque se sabía antes de la ruptura de las hostilidades y porque hay ciertas cosas que no pueden ocultarse aunque se venden los ojos á los curiosos.

Y en Bulgaria, en Serbia, en Turquía, hay periódicos, hay telégrafo, hay ferrocarriles, y los corresponsales y agregados extranjeros forman legión. Advirtiéndole que ni siquiera pasan las noticias favorables á los respectivos ejércitos, si esas noticias son tan exageradas que mueven á desconfiar de ellas. Se admite el elogio, la exageración, á condición de que no se diga absolutamente nada que se relacione con las operaciones y con los ejércitos, y de que el autor se muestre moderado. Así por ejemplo, se permite telegrafiar ó describir por correspondencia que se ha celebrado un Te-Deum en acción de gracias, y no hay inconveniente en describir los detalles de la ceremonia, siempre que no se citen personajes de la corte ó del ejército; se permite, asimismo, telegrafiar que el Tsar Fernando ha recibido amablemente á los prisioneros turcos, pero no se

puede decir el número de éstos—¡y son enemigos!—ni los cuerpos á que pertenecían, ni quienes acompañaban al rey. Y así sucesivamente.

¡Qué pérdidas para los periódicos extranjeros y para las casas que impresionan películas cinematográficas, las cuales habían mandado á la península balcánica un batallón de operadores! Todo se sabrá con el tiempo, pero entre tanto se defrauda la curiosidad de los lectores. Realmente hay para indignarse.

El Tsar Fernando y el Rey Pedro y demás olegas, pueden alegrar en su descargo que no hacen la guerra para diversión de desocupados, ni para que los periódicos embolsen millonadas á expensas de la buena fe de los lectores, ni para satisfacer la curiosidad de desocupados á las horas de tomar el desayuno ó cuando el fenómeno de la digestión de una succulenta comida afina los talentos estratégicos y tácticos de los caudillos de café, que tan bien manejan las cucharillas y los terrones de azucar como si fueran escuadrones, cuerpos de ejército y acorazados de combate.

Hay que alabar á los aliados, y aunque en menor grado, porque la reserva no es tan exagerada, á los turcos. Esa conducta es la única que debe seguirse, la única que resta información al enemigo, la única que asegura el éxito de los planes propios; la noticia más leve, la menos importante, la más anodina, puede tener gran trascendencia si cae en manos de un espíritu sagaz. Recuérdese que los japoneses llegaron á prescindir en las prendas de uniforme de los números de los regimientos y de los distintivos especiales, para que el cuartel general ruso no pudiera deducir la situación de las tropas por los uniformes de los prisioneros. Bastante lamentaron no poder hacer lo mismo con los reservistas.

Por consiguiente, en Europa, con los mares abiertos, al lado de Austria y de Rumanía y de Rusia, tocando á Italia, frente á Egipto, ó sea á Inglaterra, el secreto de la guerra se ha guardado con completa eficacia y en absoluto, lo que se llama en absoluto. Ciertamente el corresponsal que quiso telegrafiar un plan de operaciones de su cosecha, disparatado por supuesto, no pudo hacerlo; y como él creía, modesto Napoleón, que el mundo se conmovería al conocer sus concepciones, no le quedó otro remedio para desfogar su fantasía, que huir del teatro de la guerra y telegrafiar desde Austria.

¡Y con qué política los serbios hicieron apearse á los viajeros del expreso de Oriente, para que cedieran sus sitios á los soldados! ¿Quién viaja por aquellos países sino provisto de tantos ó más pasaportes que los que se estilaban hace doscientos años? Por supuesto, está prohibida la llegada á menos de 100 kilómetros del teatro de la guerra.

Compárese lo que acontece allí con lo que sucedía durante nuestra campaña de Melilla, en la que los corresponsales lo husmeaban todo, lo pregonaban todo, que era la mejor manera de que se enteraran moros y franceses, y estorbaban todas las operaciones, lle-

gando á cohibir la libertad de los generales y jefes de columna. No es ésta la menor enseñanza que se deduce de la presente guerra.



LAS ARMAS DE FUEGO EN LA ACTUAL GUERRA DE ORIENTE

Pese á los optimismos de los pacifistas, la guerra, para desgracia ó suerte de la humanidad, no ha desaparecido ni lleva trazas de desaparecer. Al ver la frecuencia con que en esta última centuria se producen estos choques de Estados continentales, estamos casi tentados á pensar se ha operado un gran recrudescimiento.

Manifestación actual de esta premisa, es el actual conflicto de Turquía con los Estados Balkánicos.

Conflicto que quizá pudiera ser precursor de otro ú otros entre Grandes Potencias, al ver los intereses tan encontrados que existen y la premura que ya Austria parece darse, movilizándolo y concentrando un verdadero ejército en la Bosnia y Dalmacia y suscitando verdaderos y quizás justos recelos en Rusia.

Alejados nosotros en esta ocasión, como en las anteriores, de ser siquiera copartícipes de esta lucha, nos queda el papel de espectadores, y como tales, para que lo hecho en cabeza ajena pueda servirnos como suele decirse de provecho propio, sin riesgo á coscorrón alguno.

Es la guerra indudablemente el más propio escenario y campo de experimentación donde se contrastan las ventajas ó inconvenientes de tal sistema de organización, de tales procedimientos estratégicos, logísticos ó tácticos, siempre que á ello suceda un laborioso trabajo de interpretación de resultados comparativos con razonada crítica; y el verdadero campo de tiro donde pueden ensayarse virtualmente las modernas armas de fuego de tan aterradores y abrumadores efectos, según nos dan los rendimientos obtenidos sobre las siluetas inermes.

Así, pues, cada vez que una guerra estalla dispónense los espectadores (naciones), á mandar comisionados que lá estudien, para luego, por la observación de los resultados obtenidos, sacar deducciones que poder aplicar á sus respectivos ejércitos. Y claramente parece desprenderse, y así es en efecto, que los tales comisionados deben ser personas de la suficiente cultura y juicio esclarecido, para que sus observaciones sean justas y substanciales, y no de cosas meramente accidentales, capaces por sí solas de desvirtuar lo que pueda ser consubstancial, para el fin, medios y modo cómo un ejército debe desenvolverse.

Antiguamente, cuando el poder destructor de las armas de fuego era pequeño, cuando el fuego era solamente un desenmascaramiento de las intenciones del contrario, y un medio de entretener, interín se preparaba, el combate, lo principal y resolutorio, que era el choque; para un militar

encargado de estudiar una campaña, acompañando á uno cualquiera de los bandos, lo que tenía importancia verdadera, era estudiar la concentración y movilización, los planes estratégicos y disposiciones logisticas para desenvolverlos, y luego sobre el campo de batalla, la disposición de fuerzas y lo que era el *clou* de la maniobra, bien para atacar un flanco, envolverlo, etc., etc. Seguir de cerca el combate por el fuego, ver, por ejemplo, en infantería, cómo encadena una unidad pequeña, compañía ó batallón, encuadrada en el centro de la línea, su acción por el fuego, complementaria de su acción por el movimiento; cómo se subtrae á los efectos del fuego contrario; cómo hace el uso de su fuego propio, etc., etc.; y en artillería también, por ejemplo, cómo la batería se traslada de una posición á otra; cómo se sitúa en los asentamientos elegidos; cómo presta su unión al arma hermana, y cómo hace uso de sus reglas de tiro, para luego de todo ello poder deducir, si el empleo de un blanco auxiliar para servirse del goniómetro, en artillería, y el reparto también del objetivo á las secciones de infantería, al ser estas unidades de tiro, son, al ser cosas confirmadas por la experiencia en la guerra, las reglas á seguir con resultado en el campo de batalla, y según se dedujeron ya en la paz, ó han de sufrir tales ó cuales modificaciones.

En la historia militar, ha habido tiempos en que era fácil ganar una batalla sólo por el empleo de una hábil maniobra, permitida por aquellas armas. Campañas en que se hacían grandes conversiones y demás habilidades estratégicas; y concentraciones y movilizaciones tan rapidísimas y *madrugadoras*, que de su mejor y más acertado empleo dependía ya el éxito de la guerra.

Hoy la lucha quizá por circunstancias de las armas es más parsimoniosa, como nos lo demuestran las campañas últimas.

Reciente está la guerra ruso-japonesa. En ella no hubo asombros de movilización. No hubo tampoco elucubraciones estratégicas. Y las batallas, algunas de las cuales duraron algunos días, tampoco nos asombraron por lo que respecta á pensadas y hábiles evoluciones y maniobras, comparadas con las de otras guerras más antiguas. Entró por modo principal en la misma la abnegación y el valor de las tropas y su habilidad para soportar los efectos de las armas de fuego, así como el buen empleo que de éstas hicieron.

Esa marcha eminentemente ofensiva, casi ininterrumpida hacia el contrario, está muy bien conste escrita en los reglamentos, para que de su espíritu algo quede; pero, á su pesar, rusos y japoneses permanecieron horas y horas en algunas posiciones, haciendo gran derroche de municiones y hombres, antes de poder avanzar un paso adelante.

No nos indica ya esto, el interés tan primordial y grande que tiene hoy día, en el estudio de una guerra, conocer de cerca cómo se comportan las armas de fuego.

Fusil Maüsser de 7,5 mm. tienen los turcos; un Maüsser de 7 mm. tienen los serbios; un Mannlicher-Shonauer de 6,5 mm. tienen los griegos, y otro Mannlicher de 8 mm. tienen los búlgaros. A todo ello, únense cañones de tiro rápido Schneider y Cannet, ametralladoras Maxim y de otros sistemas, unas balas en punta para el fusil turco, construídas en los talleres alemanes de la *Deutsche-Waffen-Munitions* (en Karlsrueh), que no sabemos si se llegarán á emplear; y piénsese, si no constituye esto ya elementos de juicio suficientes y de importancia para haber de ser estudiados muy de cerca, bien, con mucho detenimiento y fino tacto.

Ya partieron nuestros comisionados militares á la campaña. Nos parece que poca novedad han de encontrar en la lenta y embarazosa movilización de las fuerzas militares de ambos bandos contendientes.

Es posible también que en estrategia y táctica, vean pocas novedades. ¡Pero en cambio, y para dejar alguna vez de haber de servirnos de lo que nos digan los comisionados de otras naciones, cuántas enseñanzas en nuestro concepto pueden sacar, y pueden después servir de fuente de razonamientos á nuestra Escuela de Tiro, en la aplicación de las armas de fuego hechas por los hombres, auxiliándose del terreno, á poco que en ello quieran parar la atención, siguiendo las armas de cerca, y tratando de dar á este estudio la importancia tan principal que tiene!

MANUEL BURGUETE
Comandante de Infantería

PEQUEÑAS MISERIAS

C' est lá neanmoins l' histoire dépouillée
de ses ornements.

P.-L. Courier.

Cuando se estudia la epopeya del siglo pasado, el brillo de los hechos extraordinarios y de las empresas geniales *ofuscan la inteligencia*, permitiéndole solamente percibir lo grande, fenómeno, por otra parte, propio de todos los acontecimientos de cierta magnitud que registra la historia.

La figura de Napoleón lo absorbe todo; el ejército, la nación francesa y hasta la Europa de su tiempo. Objeto de la admiración de los unos y del odio de los otros, adquieren siempre estos sentimientos un carácter de grandiosidad tal, que aparece igualmente en los encomios idolátricos de los primeros y en los vituperios y execraciones de los últimos. Tanto unos como otros están imposibilitados de percibir ciertas pequeñeces, ciertas miserias, por haberse remontado á las alturas para contemplar de cerca el genio.

En nuestros días, ya más alejados de aquellas luchas y olvidado casi el espíritu nacional de las ofensas recibidas, se podría con la ecuaminidad

necesaria para descender á ciertas minucias, analizar el estado psicológico del pueblo francés y de su ejército á principios del siglo XIX, y averiguar las verdaderas relaciones entre ellos y el emperador, pero ó se carece de base por no haber podido los antiguos proporcionar los necesarios materiales por los motivos indicados, ó no se da al asunto la debida importancia. Además, nadie más indicado para este trabajo que los franceses, y estos se guardarán muy bien de hacerlo.

Sin embargo, algo pudiera decirse respecto de la interior satisfacción, de la disciplina, del desgraciado empleo de las fuerzas para ciertas operaciones, etc., etc. sobre todo en los ejércitos que no operaban á las órdenes directas del Emperador, así como de la forma de redactar los partes de combates y batallas, del modo cómo se otorgaban las recompensas y cómo eran estas recibidas por la oficialidad, y del concepto que á esta merecían los ayudantes de Napoleón llegados á París el día antes de una acción para dirigirla, llevándose la gloria, si tenían la suerte de vencer al enemigo.

Pero todo ésto quedará para algún otro artículo, y por hoy nos ceñiremos á decir unas palabras respecto de la elevación del primer Cónsul á la categoría del Emperador. Nos hemos acostumbrado á ver al pueblo y al ejército franceses, entusiasmados, electrizados por las victorias de su general elevarle sucesivamente en raptos de fervorosa admiración, á las más elevadas jerarquías, no pareciéndole nada suficiente para el hombre que halagaba el orgullo nacional de un modo desconocido hasta entonces, paseando las águilas francesas por toda Europa y amedrentando á los pueblos más poderosos; y veíamos á ciudadanos y á soldados correr presurosos á los comicios á depositar el *SI*, que había de convertir en nuevo monarca al soldado corso, al ídolo de los franceses, y no podíamos creer que en todo ello hubiese la menor parte teatral, ni se hubiese hecho la menor presión sobre los votantes. Y desgraciadamente, en ésta como en tantas otras cosas contadas por la historia, existe una parte escondida, secreta, no escrita, que destruye la ilusión formada al leer las brillantes páginas reveladoras de lo externo, lo sublime, y nos hace conocer al llegar á nuestra noticia, lo ocurrido entre bastidores.

Aquel plebiscito fué como tantos otros y el entusiasmo de que se nos habla, fué sin duda amañado por una pequeña parte de vocingleros ó serviles, los cuales, como ocurre casi siempre, arrastraron las masas, siguiéndoles, unos, por miedo; otros, por falta de voluntad, la mayoría... sin saber porqué.

Ejemplos de ello pudieran encontrarse sin dificultad hasta en el ejército, entre la oficialidad, tan entusiasta de su afortunado general; entre el elemento que con más afecto debió acoger la idea y cuya alegría por tan fausto suceso con tan vivos colores nos ha sido pintada.

Véase para muestra la siguiente carta de Courier, célebre helenista, á

la sazón comandante de artillería en el ejército de Italia, dirigida á un compañero, en la cual se hallarán revelaciones que en vano se buscarían en libros voluminosos:

“Plasencia, Mayo, 1804.

“Acabamos de hacer un emperador, y por mi parte, no me he opuesto á ello. He aquí la historia. Esta mañana, d’Anthouard, nos ha reunido y nos ha dicho de lo que se trataba, sencillamente, sin preámbulo ni peroración. Un emperador ó la república ¿qué prefieren Vds.? como si digera, carne ó pescado, sopas ó caldo, ¿qué desean Vds.? Terminada la arenga, hénos aquí todos, sentados á su alrededor, mirándonos unos á otros sin contestar. Señores ¿qué opinan Vds.? Ni una palabra; nadie abre el pico. Esto dura un cuarto de hora ó más y la situación se hace ya embarazosa para d’Anthouard y para todos, cuando Maire, un joven teniente á quien conoces, se levanta y dice: si él quiere ser emperador, que lo sea; pero si he de decir mi opinión, á mi no me parece bien. Explíquese Vd. dice el coronel, quiere Vd. que lo sea, ¿sí ó no? No lo quiero, contesta Maire. Perfectamente.

“Nuevo silencio. Volvemos á mirarnos unos á otros como si nos viéramos por primera vez. Aún permaneceríamos en la misma situación si yo no hubiese tomado la palabra. Señores, digo, me parece, salvo mejor opinión, que esto no nos importa. La nación quiere un emperador ¿nos corresponde á nosotros deliberar sobre ello? Este razonamiento pareció tan fuerte, tan luminoso, tan *ad rem*... que arrastró á la asamblea. Nunca un orador obtuvo un éxito tan completo. Todos se levantan, firman, y se van á jugar al billar. Maire me dice poco después: mi comandante, habla Vd. como Cicerón; pero ¿porqué desea Vd. que sea emperador? Para terminar y poder jugar nuestra partida de carambolas. ¿Ibamos á estar allí todo el día? Y Vd. ¿porqué no quiere que lo sea? No lo sé, me contesta, pero le creía digno de algo mejor.

“Creo que Demanelle no reunirá á sus oficiales. Enviará las firmas con el entusiasmo, la adhesión á la persona, etc. etc..

Estas son nuestras noticias; mándame las de tu país y cuéntame como se ha verificado la farsa entre vosotros.

P.-L. Courier,,,

Después de ésto huelga cualquier comentario: ya nada queda por decir; en vano se buscarán ideas ó palabras para ampliar las de Courier ó insistir sobre la forma en el que ejército contribuyó al plebiscito, pues nada tan gráfico como esta carta, escrita con la sencillez propia de la correspondencia entre amigos. No es posible poner en duda su contenido, pues aún prescindiendo de la autoridad del remitente, se respira en ella tanta

sinceridad y tiene tal carácter de confidencia, que el espíritu más reacio se ve obligado á rendirse ante lo evidente.

MANUEL ALVAREZ ESPINOSA
Capitán de Infantería

Tarragona 8 de Septiembre de 1912.

SOBRE UN PLEITO VIEJO

Con motivo de ciertas apreciaciones que figuran en el libro "Un año en el ejército italiano", que se publica en la *Biblioteca*, un periódico de Madrid me ha supuesto participe de opiniones que estoy muy lejos de compartir. Pero como soy enemigo de exhibiciones personales y de polémicas periódicas que roban espacio á otros asuntos más importantes, me he abstenido de exponer mi criterio, que á nadie—así lo creía—interesaba. Más, requerido por algunos amables lectores de esta *Revista* á que manifestara concretamente mi opinión, fuera desatención seguir guardando silencio.

En primer lugar, ni esta *Revista*, ni ninguna otra, se hace solidaria de los artículos firmados, aunque sean con pseudónimo. Tales publicaciones son un palenque abierto á todos los juicios, única manera de que reflejen fielmente los latidos de la opinión militar.

En segundo lugar, y contrayéndome á mi manera de ver las cosas, estoy persuadido que algunos ejércitos extranjeros están mejor organizados que el nuestro y nos aventajan en instrucción y preparación para la guerra; pero, al mismo tiempo, estoy firmemente convencido de que no todos los detalles, prácticas y costumbres exóticos son mejores que los españoles, y que ciertos métodos y hábitos que dan excelentes resultados en el extranjero no son aplicables en España, donde más que beneficiar, perjudicarían. Por consiguiente, creo que las comparaciones entre ejércitos no deben descender nunca al detalle aislado, sino que han de fundarse en la apreciación de conjunto; si por causas especiales se considera conveniente llegar al pormenor, no debe prescindirse de las raíces de este pormenor y de sus relaciones con los demás aspectos del modo de ser del ejército.

Los ingenieros militares italianos, se dice, no pueden ejercer su profesión en la esfera civil, á menos de revalidar sus títulos en Escuelas especiales y haber abandonado el servicio activo definitivamente. De esto, á mi juicio, no puede deducirse ninguna consecuencia aplicable á otro ejército que no sea el italiano.

Prescindo de que gran número de ingenieros militares italianos aprovechan su permanencia en guarniciones próximas á los centros de en-

señanza que expiden títulos oficiales de capacidad, para obtener el certificado que les permita ejercer su carrera técnica cuando obtengan el retiro, bastándoles unos pocos meses para conseguir el título; no entro en el examen de si la medida es justa y procedente ó no, de si en la Academia militar estudian tales ó cuales asignaturas, etc. La cuestión ha de tratarse de otro modo, sin salirnos de lo que impone la vida española.

Se presenta el siguiente dilema: el militar español—sea ingeniero ó artillero, etc.—tiene capacidad técnica para desenvolver su trabajo en el campo civil, ó carece de ella; si la tiene ¿porqué se le ha de impedir que la ejerza posponiéndole á otros técnicos? Si carece de ella ¿porqué se le obliga, se le exige, á construir carreteras y ferrocarriles, dirigir fábricas, proyectar edificios y puertos, explotar canteras, etc., etc.? Y como nadie se atreverá á sostener que una carretera, por ejemplo, no satisface los mismos requisitos tanto si la proyecta un ingeniero civil como un ingeniero militar; como nadie podrá negar que los primeros ferrocarriles españoles fueron construídos en gran parte por ingenieros militares, que lo mismo aconteció con casi todas las obras públicas de Filipinas y Ultramar, que actualmente las necesidades del ejército imponen á los técnicos de éste labores análogas á las que desempeñan los técnicos civiles del Estado; que las fábricas y talleres militares no tienen nada que envidiar á los establecimientos de igual caracter civiles, etc., ha de concluirse que los técnicos militares tienen capacidad legal, real y efectiva para ocuparse en los trabajos propios de su profesión, fuera del Ejército. Los hechos lo están demostrando, si hiciera falta, porque un número considerable de oficiales figuran al frente de entidades respetables y otros prestan sus servicios técnicos á sociedades y compañías diversas: el particular, que retribuye bien el trabajo, no tiene veinticuatro horas á su servicio á quien no está en condiciones de desempeñarlo fiel y eficazmente.

Ampliando el cuadro, á nadie se le exigen títulos determinados para dedicarse al comercio y á la industria. ¿Cómo, pues, podría negarse al oficial, cualquiera que sea su especialidad, que emplee su actividad y sus conocimientos en el mayor desarrollo de aquellos ramos de la actividad humana? Precisamente en nuestra época de libertad ¿se pretendería privar al oficial de los derechos que se reconocen á todos, excepto á los condenados por la ley?

Pero, se argüirá, el militar que se dedique á laborar fuera del Ejército, niega á éste la totalidad de sus servicios. Argumento de relumbrón, que no es más que un sofisma.

El Estado, en nuestro caso el Ejército, paga á sus funcionarios y les otorga ciertas ventajas á cambio de los deberes que les impone; cumplidos estos deberes, nada más puede exigir; y así como al Estado no le importa, ni se inmiscuye en ello, que el magistrado emplee el tiempo que le dejan libre sus obligaciones en jugar al ajedrez ó escribir un libro de de-

recho; ni fiscaliza si el ingeniero de caminos malgasta en el casino las horas de asueto ó las aprovecha para redactar proyectos particulares, tampoco debe intervenir en la manera cómo el militar ocupa sus horas de descanso, siempre que lo haga honesta y decorosamente. A mi entender, el Estado es el primer interesado en que los militares—en general, los funcionarios—no cesen de dar aplicación á sus conocimientos y aptitudes en el tiempo, poco ó mucho, que les deje sobrante el servicio: 1.º porque de esta manera hay una mayor compenetración entre el elemento militar y el civil, y éste último cesa de tener acerca del primero el concepto—muy español—de que no sirve para nada en tiempo de paz; 2.º porque cuanto mayor sea el número de ciudadanos que trabajan tanto mayor son la prosperidad y la cultura nacionales, sumas de las individuales; 3.º porque el militar que por su propia cuenta desenvuelve su aplicación, amplía sus conocimientos, robustece sus dotes intelectuales y aumenta su práctica, y se pone, por consiguiente, en estado de ser más útil que antes al Ejército, que es á la postre quien se beneficie del aumento de cultura y capacidad de sus individuos.

Al superior compete que nunca las labores particulares redunden en menoscabo de las oficiales; pero la justicia obliga á declarar que el propio espíritu y honor de cada uno hacen innecesaria aquella vigilancia, porque cuando un oficial comprende que no puede atender debidamente á las nuevas obligaciones que se ha creado, solicita el pase á una situación de supernumerario. Aunque incidentalmente, diré que la institución de supernumerarios es un gran acierto de nuestra organización, toda vez que gracias á ella el Ejército puede echar mano, cuando le convenga, de oficiales instruidos y que no le cuestan un céntimo mientras no los utiliza.

Acaso se diga, finalmente, que el militar debiera estar ocupado oficialmente todas las horas del día, excepto las del descanso y la comida. No niego que éste sea un ideal apetecible, si bien exigiría más desembolsos al Erario público, por la necesidad de aumentar los sueldos; pero, aunque declaro, lamentándolo, que no conozco *de visu* á fondo los ejércitos extranjeros, algo he presenciado de ellos, y tengo la íntima convicción de que ese ideal no lo ha logrado hasta ahora ninguno.

Hoy por hoy, el oficial no tiene ocupadas todas las horas laborables de todos los días del año en servicios militares; si valiéndose de necesidades y servicios ficticios, lo que equivale á decir inútiles y sin aplicación ni finalidad práctica, se le aumentara su trabajo, se engendraría el fastidio, el cansancio, el aburrimiento, y los resultados serían contraproducentes.

Para terminar y manteniéndome dentro del presente estado de cosas, único del que pueden deducirse consecuencias—puesto que nos hemos de atener los que no somos legisladores á lo que es y no á lo que tal vez debiera ser—, haré una manifestación, que creo podrían subscribir centenares de oficiales: soy miembro de dos casinos, y no he puesto los pies en

ellos, ni en un café, hace ocho meses, porque las horas disponibles que me quedan al día las dedico á estudios y trabajos particulares, no ignorados por los habituales lectores de esta *Revista*; si alguien me dice que sería preferible que me cruzase de brazos y frecuentase los círculos y cafés, respetaré su opinión, pero no cambiaré la que tengo, á saber: que soy más útil á mi mismo, y por lo tanto, al Ejército, trabajando todo el día, que si me limitara á cumplir mis deberes oficiales.

Y en cuanto al pleito de la competencia de las diferentes especialidades de ingenieros, solo cuatro palabras: el Estado exige determinadas garantías de capacidad á todos sus funcionarios; á unos, les obliga á cursar los estudios en determinadas escuelas; á otros, que se hallan ya en posesión de un título, les impone una oposición ó una ampliación de conocimientos. Por consiguiente, el que quiera servir al Estado, sabe de antemano el camino que debe tomar. En la esfera privada, el ejercicio de la profesión debe ser libre para todos, aunque sujetándose al refrendo ó á la inspección que el Estado, en el ejercicio supremo de su función tutelar de la sociedad, juzgue conveniente imponer, valiéndose para ello de sus funcionarios y no de otros que no dependen de él.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros



UN NUEVO TIPO DE TRINCHERA

Los ingenieros militares rusos que tanto se preocupan de mejorar los tipos de fortificación, lo mismo los de campaña que los permanentes, y en particular desde la última guerra con Japón, han propuesto y experimentado un nuevo modelo de trinchera que denominan de pozos ó individual.

Consiste en esencia en la apertura de pozos de tirador, para grupos de dos hombres, arrojándose las tierras de la excavación al frente y alrededor de la parte anterior de la trinchera ó pozo. Cada uno de éstos mide 1,40 y una separación igual hay entre dos pozos consecutivos. El parapeto queda continuo, porque el talud natural que forman las tierras arrojadas á vanguardia une cada parapeto con los inmediatos. Los perfiles pueden ser para tirador que se sienta en el fondo de la trinchera, para tirador que se sienta en un gradín abierto en el revés de la trinchera y para tirador de pie. Las profundidades máximas de la excavación son respectivamente 0,26, 0,70 y 0,70 metros, con una altura hasta la magistral, ó sea incluyendo el parapeto, de 0,25, 0,96 y 0,96 metros. Nada se opone á revestir el talud interior del parapeto, así como á dejar el talud interior de la trinchera en contrapendiente, si lo permite la naturaleza del terreno, para aumentar la comodidad y la protección de los tiradores. En una línea de tales pozos

se dejan algunos de ellos intermedios destinados á los oficiales de la unidad que guarnezca la trinchera.

Se atribuye á este nuevo tipo las siguientes ventajas: 1.º su construcción es mucho más rápida, toda vez que sólo se excava la parte puramente aprovechable; la economía de tiempo viene á ser como promedio de casi un medio; 2.º el sector de tiro horizontal es casi de 120º, pues los redondeamientos laterales de cada boca permiten el tiro en sentido lateral; 3.º protege más contra los fuegos oblicuos y de enfilada en razón de los dados de tierra que quedan entre cada dos pozos; en caso de necesidad, se podría reforzar el parapeto lateral para que la desenfilada fuese mayor; 4.º no varía la densidad de ocupación ni la de la línea de fuego, pues contando la anchura de cada pozo y la del intervalo, resulta para cada tirador el frente reglamentario en Rusia; 5.º los efectos del tiro enemigo, sean de frente ú oblicuos, quedan más limitados, y en particular los de las explosiones de los proyectiles de artillería, cuyos cascos no pueden barrer grandes extensiones de trinchera, como acontece en las del tipo ordinario; 6.º no padece la moral de la tropa, puesto que en cada pozo hay dos tiradores. Sólo la guerra puede demostrar si estas ventajas son reales y tienen la importancia que se les atribuye. Con todo, parece que se han exagerado algo las buenas condiciones del nuevo tipo.

Tanto ó más que á la protección del tirador y á la economía de tiempo, hay que atender, en el concepto moderno de la fortificación de campaña, á que el tiro desde ella alcance grande eficacia, lo que á su vez requiere que se ejerza sin estorbos la acción vigilante y directora de los oficiales. Esa acción no puede menos de tropezar con grandes dificultades en las trincheras interrumpidas ó en porciones, por ser punto menos que imposible trasladarse á cubierto á lo largo de la línea y obligar al soldado á que cumpla con su deber. En otro aspecto, cualquier baja en la línea de tiradores, bajas que serán siempre inevitables, hágase lo que se haga, producirá en la trinchera de pozos efectos deprimentes, pues el tirador ileso tendrá que presenciar los sufrimientos y oír los lamentos del herido, sin que haya posibilidad de evacuar á los lesionados á menos que se arrostre al descubierto el fuego enemigo, cosa que no ocurre con las trincheras ordinarias. Finalmente, la unidad de mando y de dirección no podrán ejercerse de un modo satisfactorio, y mucho menos será posible arrastrar á una línea de tiradores metidos en tales trincheras á una reacción ofensiva, por faltar el enlace y contacto colectivos.

Consideramos pues la trinchera en cuestión como de aplicación muy limitada, á casos en que sea menester mantenerse resueltamente á la defensiva, sin pronunciar, pase lo que pase, un contraataque, y para un número pequeño de tiradores á los que haya que dar una protección extracordinaria; tal ocurrirá, por ejemplo, en puntos de paso obligado y de desarrollo muy corto, donde quepan pocos tiradores.

En los demás casos, no nos parece aceptable el tipo expresado. No hay que olvidar que la fortificación de campaña ha de supeditarse á la táctica, y que ésta exige que no se rompan los lazos y que en todos los momentos haya unidad de mando y facilidad para ejecutar sin pérdida de tiempo las órdenes recibidas.

BLANCOS VIVIENTES

Un invento muy original ha sido recientemente patentado en Inglaterra, el cual es de interés para el ejército.

El cinematógrafo acaba de hacer una nueva conquista. Ha aparecido en los cuarteles como temible y más fuerte rival que los aparatos de puntería.

Un tirador, provisto de cartuchos con bala, se coloca ante el cuadro de proyección de un cinematógrafo, y se pone en movimiento la película.

De pronto, aparece ante el tirador un infante enemigo medio oculto en el terreno, ó dos tiradores que se ayudan mutuamente y llegan corriendo, ó un grupo de caballería en plena carrera, con las lanzas en ristre, ó bien otros enemigos figurados. Cuando esto ocurre, el tirador procura mantenerse sereno, apunta y hace fuego.

Disparado un tiro, la película se detiene durante un segundo, aproximadamente, se ilumina vivamente el impacto, y hasta que el tirador ha cargado de nuevo y está dispuesto á hacer un nuevo disparo, no se vuelven á poner en movimiento las imágenes.

Otro perfeccionamiento se ha sumado á este nuevo invento militar.

Si el blanco ha sido tocado, aparece una luz muy viva iluminando el impacto. En la instrucción individual, puede interrumpirse ó ponerse fin al movimiento de la película, cuando convenga.

El inventor presenta como notables ventajas el hecho de que pueden aplicarse toda clase de armas largas y cortas, de fuego, así como las de aire comprimido y las de salón. También pueden emplearse toda suerte de blancos, sin prescindir, naturalmente, de los aéreos. En este último caso, se situará el cuadro de proyección horizontalmente sobre el techo.

Pero no solamente puede prestar útiles servicios militares este ideal blanco, sino que resultará igualmente ventajoso para que los cazadores se perfeccionen en el tiro, y se tendrá un nuevo motivo de atracción en el tiro contra imágenes cinematográficas para organizar espectáculos de variedades. Servirá asimismo para ejercitarse en el duelo á pistola, en la lucha contra fieras salvajes, etc., sin salir de la sala.

Si las imágenes son coloreadas, se realizará mucho la ilusión de la realidad.

Es evidente, que la aparición de un enemigo dotado de aspecto tan

real, impresionará el sistema nervioso del tirador. Lo único lamentable es que el objetivo no se desplome a tierra cuando sea herido por la bala.

El inventor atribuye especial importancia á los ejercicios de fuego de los barcos y guardacostas, en particular si las películas se impresionan, bajo la dirección de oficiales navales experimentados.

Para ello se establecerá la cámara encima del puente de tiro del barco, de modo que no solamente registre las maniobras de la flota enemiga, sino también los movimientos de los elementos del barco propio. En este orden de aplicaciones, se puede hacer visible un ataque de torpederos y el cono luminoso de los proyectores de las escuadras.

El coste de adquisición de un cinematógrafo propio para el tiro de armas de salón, es de unas mil pesetas; y el del adecuado para carabinas, armas de caza y de guerra, asciende á 3.750 pesetas.

Los gastos de entretenimiento y explotación son muy pequeños, porque el cuadro puede ser de papel para que no haya inconveniente en cambiarlo por otro así que tenga algunos impactos.

R. VON KRAMER

Primer Teniente del Primer Regimiento
de Infantería bávara

(Del *Militär Wochenblatt*)

LOS TRIBUNALES DE HONOR EN RUSIA

Los tribunales del cuerpo de oficiales, encargados, de una parte, de juzgar los actos incompatibles con el honor militar, la dignidad y la moralidad de los oficiales, y, de otra, de arreglar las querellas entre oficiales, han sido reorganizados bajo el nombre de tribunales de honor. Las principales modificaciones son las siguientes:

1.º Mientras que únicamente los oficiales subalternos estaban antes sujetos al juicio de los tribunales del cuerpo de oficiales, se han organizado ahora tribunales de honor para los jefes, excepto los primeros jefes de los cuerpos. Esos tribunales se organizan por divisiones ó agrupaciones análogas, y su número se determina por el general jefe del distrito militar, según el número de jefes. Cada tribunal se compone de 5 miembros, á razón de uno por regimiento y por brigada de artillería (ó grupo suelto de artillería), y un miembro supernumerario por cuerpo para reemplazar á los propietarios.

2.º Para los oficiales y funcionarios de las direcciones, estados mayores, establecimientos, administraciones separadas, cuerpos especiales (estado mayor, ingenieros, topógrafos, gendarmería, etc), se forman tribunales de honor sobre bases análogas.

3.º La composición de los tribunales para oficiales variaba según el cuerpo á que pertenecían, y en adelante tendrán una composición uniforme, y su número será fijado por el comandante del distrito militar, según

el efectivo de oficiales. Cada tribunal consta de 5 miembros, elegidos entre los jefes, excepto los primeros jefes de cuerpo, capitanes de 1.^a ó de 2.^a clase, que lleven por lo menos tres años de servicio como oficiales y un año en el cuerpo, y dos miembros supernumerarios; por lo menos, habrá un jefe. Los miembros son elegidos cada año por el voto secreto de los oficiales del cuerpo ó de la división; no pueden formar parte los oficiales que hayan sufrido un arresto en castillo ó un castigo más grave, ó que hayan comparecido, sin ser absueltos, ante un tribunal de honor.

Si se produce un hecho que parezca caer bajo la competencia de esa jurisdicción, la autoridad de la cual dependa la organización del tribunal (general de división ó jefe de cuerpo) da la orden de abrir una información, ó bien el mismo tribunal toma la iniciativa, procede á la investigación y da cuenta á dicha autoridad. El resultado de la investigación se somete á la autoridad expresada, que decide si ha lugar á que delibere el tribunal; se comunica lo resuelto al interesado, quien tiene derecho á pedir se amplie la información é indicar nuevos testigos y documentos.

La autoridad de quien depende el tribunal da la orden para que éste se reúna. Los debates tienen lugar á puerta cerrada y son rigurosamente secretos; el oficial culpable de divulgación, queda á su vez, sometido al juicio del tribunal. Este examina los hechos, oye la justificación y explicaciones del acusado, juzga en rebeldía si no se presenta. El fallo es por mayoría de votos, en escrutinio secreto, y, en principio, en la misma sesión; puede consistir en la absolución, la admisión de circunstancias atenuantes, la condena á ser separado del servicio.

El oficial condenado puede presentar, en el término de tercero día, una apelación por vicio de forma, sobre la que decide la autoridad de quien depende el tribunal. En caso contrario, el oficial condenado es invitado á pedir el retiro, y si rehusa se le "excluye" del ejército, con arreglo á las prescripciones del reglamento de disciplina.

Todo asunto que se refiere á una querrela ó disputa entre oficiales se somete al tribunal de honor por la autoridad de quien depende; el tribunal decide: a—Que debe haber reconciliación; b—Que los adversarios deben batirse; c—Que uno de ellos ó ambos deben comparecer ante el tribunal.

En el segundo caso, si un oficial rehusa batirse, se le invita á pedir el retiro, y si tampoco obedece, se le excluye del ejército.

Después de todo duelo, provocado ó no por el tribunal de honor, éste redacta un informe sobre las circunstancias del encuentro.

Finalmente, los oficiales excluidos de la jurisdicción de los tribunales de honor (jefes de cuerpo, generales, etc.), pueden ser excluidos del ejército por resolución del Emperador, en los casos análogos á los sometidos á dichos tribunales.

(De la *Revue Militaire des Armées Etrangères*).